

UN RECUERDO

(En un simpósium sobre Antonio Machado
de The Florida State University, 1977)

Convaleciente de una enfermedad, me adhiero con unas pocas palabras al simpósium en honor de Antonio Machado, además de estar integrado en él, en su Comité, por la bondad de sus organizadores.

Todos los poetas españoles tendrán algo que decir en relación con su contacto espiritual con el gran lírico sevillano. Para mí, y sólo esto quisiera añadir, Machado tiene el más emotivo de los recuerdos. Fue el primer poeta español que yo leí. Me había iniciado en el conocimiento de la poesía —lejanísima adolescencia— con Rubén Darío, en una antología del genial nicaragüense seleccionada con gran tino por un escritor, Andrés González Blanco, hoy injusta y casi completamente olvidado. Un volumen que, a través de todos los avatares, conserva todavía Dámaso Alonso, que fue quien me lo prestó. Era en un pueblo de la sierra de Guadarrama, verano de 1917, y a las pocas semanas regresaba yo a Madrid. Recuerdo mi búsqueda de los maestros españoles de la época. Aquella tiendecita de libros viejos en la madrileña calle de la Bolsa, al pie de la Escuela de Comercio donde yo estudiaba, y mi hallazgo del volumen de tela roja, selección de Machado hecha por él mismo y aparecida aquel mismo año, si no me equivoco, en la colección «Calleja». Impresión pura e irrepetible del que todavía no había escrito un solo verso. No he olvidado nunca el primer poema que recorrieron mis ojos, «El Viajero», ni aquella sensación de dolor y misterio temporal que rezumaba toda la composición.

Volví a mi casa. Las primeras estrofas de un poeta español brillaron con inquietud y pasmo ante los ojos de aquel muchacho, que leyó toda la larga tarde, repitió durante la primera noche y volvió a reiterar en el amanecer. Algo ciertamente amanecía en su corazón. Un amor que no había de borrarse nunca. Gustos, tentativas, luces, variaciones, todo pasaría a través de aquel espíritu, pero aquel primer amor no se había de desvanecer. A través de todos los años, y no son pocos, aquel muchacho, aquel hombre, sólo de un poeta espa-

ñol conserva en la memoria poemas enteros. Sólo en la memoria fidelísima han sido repetidos como palabras sin fallo en el corazón sin olvido.

¡Cuántos como él podrían contestar al poeta, negativamente, a su pregunta!:

*¿Los yunques y crisoles de mi alma
trabajan para el polvo y para el viento?*

«No, Antonio Machado, no; trabajan para mí, ¡para mí!» Y se oiría el eco de las generaciones.

VICENTE ALEIXANDRE